

EL MOVIMIENTO OBRERO Y LA MASONERÍA: EL ENCUENTRO DE DOS CULTURAS POLÍTICAS Y SUS REPRESENTACIONES

Alberto Valín Fernández

(Alberto Valín es profesor de Historia en la Universidad de Vigo. Autor, entre otros, de los libros “Galicia y la masonería en el siglo XIX” y “Laicismo, educación y represión en la España del XIX”).

Preludio (1)

A pesar de haber tenido que estudiar en mi carrera la obligada disciplina de Historiografía y gozar de la fraterna amistad de un amigo como José Carlos Bermejo Barrera y de sus magistrales –y para nada pedantes– charlas sobre la teoría de la historia, nunca me he sentido muy inclinado, como de sobra sabe él, a profundizar en ese tipo de necesarias aunque complicadas –y a veces del todo punto bizantinas– discusiones teoricistas, tan en boga entre algunos de mis colegas todavía no hace muchos años.

Desde que, en 1987, empecé a redactar mi tesis doctoral, comencé a intuir o sentir la certeza que, progresivamente, tuvo en mi convencimiento cada vez más fuerza, de que el soporte final de todos nuestros descubrimientos científicos; es decir, lo que llamamos los historiadores el discurso, nos impedía en buena parte –debido fundamentalmente a su naturaleza literaria–, conseguir que nuestras propias y trabajosas investigaciones logran la ansiada y teóricamente exigida objetividad histórica.

No había duda –pensaba yo al acercarme a cualquier tipo de sencilla lucubración semiológica–, es imposible anhelar la total imparcialidad del discurso –como utópica y cándidamente había creído tantos años y, sobre todo, cuando redacté mi tesis de licenciatura–, dado que ese sostén que contiene la totalidad del fruto de nuestro trabajo es, nada más y nada menos, que pura literatura y, por lo general, de no excesiva calidad. Y que, entonces, ésta –por su obvia sujeción a la subliminal, subconsciente y caprichosa tiranía del complejo pensamiento humano– nos convertía a los sacerdotes de Clío, en una suerte de oficiantes con cierto grado de crónica minusvalía para el correcto desempeño de nuestra reputada profesión.

Quien conozca mi obra, sabe perfectamente que, desde la redacción de esa tesis doctoral, siempre he sentido la necesidad de explicarle al lector de mis libros –partiendo del obvio pensamiento de que no hay nadie mejor que él mismo para poder calibrar el pulso y las tendencias subjetivas del hacedor de ese discurso–, no sólo mi propia ideología, de la cual siempre he estado –y sigo estando– egocéntricamente o, mejor dicho, *stirnianamente* orgulloso (mi incidental y reducidísimo *Verein* espero que siga eternamente activo), sino también –si lo juzgo necesario para explicar cualquier hecho o situación histórica–, mis propias vivencias –en algún caso, hasta infantiles, como hice en mi tesis en alguna ocasión– para que aquél comprenda, sencillamente, cuál ha sido el origen de la posible carga ideológica o, simplemente, ambiental o vivencial, que las interpretaciones de mi obra contiene. Coincidiendo entonces, de alguna manera, con uno de los múltiples planteamientos metodológicos de la compleja e interesante obra del conocido historiador francés Maurice Agulhon; del que alguien, recientemente, me ha convertido –no entiendo todavía por qué– en fiel discípulo.

Antes de comenzar a desarrollar estas reflexiones sobre un tema históricamente tan difícil de constatar, calibrar y valorar y, por otro lado, tan problemático para mí a la hora de pergeñar sobre él una suficientemente tejida malla teórica, permítaseme iniciar este discurso con un breve circunloquio “agulhonianamente” egohistórico sobre el tema en cuestión.

En realidad, llevo más de dos décadas detrás de la realización de un ensayo introductorio como el que a continuación ofrezco al lector. Desde que comencé esta masonológica línea de investigación histórica hace ahora veinticinco años, y debido al conocimiento y a las experiencias político-ideológicas que me concedió la propia vida, desde el mismo ambiente familiar en el que me he criado y educado –teniendo como mentores de *gens* a jacobinos, social-demócratas o anarquistas como Gloria Fernández, Domingo Valín, Abelardo Fernández Blanco o Carlos Peregrín Otero–, hasta el hecho de haber sido estudiante y trabajador antifranquista en los setenta, primero, como “militante a prueba” de la clandestina Liga Comunista Revolucionaria que, como en los comienzos organizativos de los *Illuminati* bávaros, poseía, además del exigido “nombre de guerra”, tres “grados” o escalafones organizativos: “simpatizante”, “militante a prueba” y “militante” y, después, como anarquista y sindicalista, reconstruyendo con otros jóvenes y viejos entusiastas de la más avanzada, romántica y mística de las utopías, la Confederación Nacional del Trabajo.

Esta última y profunda experiencia, me permitió el –para mí trascendental– hecho de poder llegar a conocer y ser compañero de viejos ácratas de los años treinta, impregnándome gracias a ellos, a mis propias lecturas y también al contacto personal con los descendientes de asesinados líderes sindicales –como fue la entrañable amistad que mantuve con el inolvidable faísta Antolín Montes–, de su profunda y cuasi religiosa mentalidad bakuniniana, aquella moralista postura individual ante la vida que, paradójicamente, volví a encontrarme, con una semejanza a todas luces sorprendente, entre los documentos y la publicística masónica custodiados en el hoy denominado Archivo General de la Guerra Civil de Salamanca, barroco escenario donde empecé a ser historiador e hice mis pinitos como técnico archivero.

Desde aquellos momentos iniciales de mi aprendizaje en el oficio de historiador, siempre me han rondado en la cabeza complicadas incógnitas empujadas o determinadas por toda una compleja serie de concomitantes similitudes como, verbigracia:

¿Por qué tanto símbolo idéntico en la masonería y el societarismo; tanta aparente concordancia moral y hasta organizativa entre ambos; tanta semejanza a la hora de entender al grupo con el mismo y *tribal* sentimiento identitario entre ácratas y masones; tanto chocante paralelismo místico a la hora de entender la propia “Idea” por parte de cualquier masón o cualquier bakuninista?

¿Sirvió la francmasonería de escuela filosófica, moral y hasta organizativa de una parte destacada del primer movimiento obrero?

¿Por qué hubo tanto líder del societarismo que practicó al mismo tiempo una especie de doble militancia al pertenecer –y hasta destacarse– en la organización masónica, conocido el hecho irrefutable de que esa secreta forma de sociabilidad fue siempre predominantemente burguesa?

No hay duda que, en el siglo XIX, un obrero, obviamente alfabetizado –dado que esta es una de las condiciones imprescindibles para ser masón–, aceptado en una logia, accedía paulatinamente –si se aplicaba– a la posibilidad de ir aprehendiendo, no sólo la variada y compleja serie de usos y maneras conductuales típicas del *ethos* burgués (lo

indispensable para poder ir a su primera tenida era agenciarse –comprarlo, alquilarlo o pedirlo prestado– un “aparente” y oscuro terno que, obviamente no tendría), sino también un verdadero abanico de conocimientos de cultura general, moral, estética, filosófica, simbólica y, obviamente, organizativa que, por otro lado, la clasista sociedad “profana” de la época –salvo algunas organizaciones del liberalismo radical y, quizás, algunas instituciones cristianas–, jamás le brindaría tan fácilmente.

Es decir, que si uno cualquiera de los miles de proletarios que se iniciaron en la masonería a lo largo del diecinueve, llegaba a ayudar en secretaría o a ser “secretario”, “orador”, o cualquier otra “dignidad” del “taller” o, simplemente, a “trabajar” en logia “trazando” “piezas de arquitectura” de cualquier índole o temática cultural, moral o filosófica, se le ofrecía con todo ello una excelente formación práctica para, entre otras muchas cosas, saber hablar en público, desarrollar, defender o debatir cualquier tema monográfico de discusión o formación interna y llevar, burocrática y orgánicamente, cualquier futuro tipo de sociedad reivindicativa, musical, cultural o de ocio y entretenimiento que él mismo quisiese crear con otros miembros de su clase social. Porque con toda su iniciática experiencia en el misterioso y discreto círculo “*de la Acacia*”, no olvidemos que aquel humilde obrero *aprendía* también a: abrir libros de registro personal, de actas, de contabilidad, de cuotas, hacer expedientes, estadillos personales, llevar la correspondencia, etc., etc., etc.

Además, sus “hermanos” de logia le enseñaban a practicar la democracia interna de grupo –como han estudiado Ran Halévi, Luis P. Martín y yo mismo–, a responsabilizarse en el respeto a las elegidas jerarquías –más tarde secretarios, representantes o delegados de su sindicato, agrupación política u orfeón si fuese el caso–. Asimismo, lo educaban para saber conducirse consigo mismo primero, por medio de una mística e íntima moral interior, y con los demás integrantes de su grupo y de la sociedad en general después, por medio de una laica, cívica y autodisciplinada práctica de ética social. Deontología masónica de antigua tradición humanista protestante que, a cualquier bien formado anarquista de los siglos XIX, XX y actual, desconocedor de la idiosincrasia masónica, fácilmente identificaría como “tribalmente” propia, así practicase la moral bakuninista, la spenceriana o la kropotkiana.

Quizá podamos aquí contestar a aquella cuestión dejada en el aire, en 1987, por el profesor Ferrer cuando, al abordar el tema de la pertenencia masónica de Anselmo Lorenzo Asperilla, se preguntaba “*por qué y cómo este anarquista llegó a la Masonería a la que iba a pertenecer con una fidelidad y dedicación extraordinaria*” (2). Es muy posible que fuese esta curiosísima coincidencia de morales la que sorprendió positivamente a aquel tipógrafo anarquista llamado Anselmo Lorenzo, ayudándole a superar y olvidar sus iniciales prejuicios hacia la masonería –como él mismo recuerda en su *El proletariado militante*–, convirtiéndole desde entonces en un convencido y sobresaliente masón.

Además de esta coincidencia de morales y de criterios humanistas –como también ha detectado Jesús Ruiz Pérez– y de parecidas místicas internacionalistas, Lorenzo sabía, como también recuerda en su obra, el hecho relevante del apoyo que aquella asociación cosmopolitista le hizo a la Primera Internacional en los preliminares de su creación (3). Y, al mismo tiempo –como apunta Ferrer Benimeli con respecto a Bakunin–, es más que probable que también conociese el relevante hecho de la pertenencia a la secreta sociedad de anarquistas como Proudhon, Bakunin, Faure, Elie, Elisée y Paul Reclus, Louise Michel, etc.

No hay duda que una importante zona de la masonería europea del siglo XIX ejerció, con respecto a la elitista porción del proletariado que inició en sus logias, una pedagógica labor de formación integral. Obviamente se podrá aducir, llegados a esta categórica altura de la reflexión que intento explicar con estas líneas preliminares, que los correspondientes comités locales republicanos ejercieron una pedagogía similar sobre una zona del futuro proletariado concienciado y organizado en el societarismo. Esto también resulta completamente plausible; es más, se sabe que en muchos de estos ambientes de política radical pequeño-burguesa se formó, tanto en Francia como en España, una buena parte del germen del primer obrerismo. Aunque sobre el respecto debo aclarar que no creo que el comité político antecitado impartiese con la misma intensidad, el mismo iniciático interiorismo, el mismo trato socialmente igualitario y el mismo nivel de preocupada y *participativa* docencia filosófica, deontológica y cultural, como se hacía –y se sigue haciendo– en toda logia masónica.

Asimismo, hay que subrayar el relevante hecho social de que, en muchísimas ocasiones, fue en estos círculos de sociabilidad política republicana donde fueron captados para el hiramismo muchos de estos trabajadores, por medio de esa especie de simbiosis que tanto hemos visto entre republicanismo y cierto tipo de masonería, sobre todo la de ritos como el oriental o menfita y –ya más esporádicamente– en el escocés antiguo y aceptado. Pero volvamos a seguir con el abocetamiento de esa egohistoria comenzada más arriba. Desde esos años iniciales de aprendiz de historiador, he sentido siempre la casi irrefrenable pulsión de darle una explicativa y, obviamente científica, forma ensayística a la lógica reflexión derivada de estas complicadas cuestiones.

Si no me atreví en aquellos años a llevar a cabo esa tarea fue, primero, por realizar la correspondiente autocrítica y saberme no preparado todavía por carecer de la correspondiente madurez intelectual para poder desarrollar tan ambiciosa empresa y, segundo, por la escasa o, más bien nula, presencia de precedentes historiográficos recientes que abordasen, directa y generalmente, esta temática.

Siguiendo lo contenido en los tres volúmenes de la exhaustiva y pormenorizada *Bibliografía de la Masonería* de Ferrer Benimeli y Cuartero Escobés, publicada en 2004 (4), puede decirse –exagerando ahora un poco la carga de tinta estilística de mi literatura y haciendo eco de lo señalado también sobre el tema por el propio Ferrer en su *Bibliografía de la Masonería* de 1978–, que da la impresión de que se escribieron más obras generales sobre este tenor entre los años 1899 y 1913 que en todo el resto del siglo XX hasta sus postrimerías. Esos inexistentes trabajos exhaustivos y generales sobre las posibles interconexiones o interrelaciones entre obrerismo y masonería que tanto eché en falta, me hubieran podido ayudar a seguir una senda, más o menos trazada, y no tener que reprimir todo intento de acción por mi parte ante el alienante pensamiento de que, para llevar a cabo esa tarea, tendría que desbrozar, ese oscuro, solitario y enmarañado monte, partiendo de mis únicas reflexiones personales.

Desconocemos el porqué de ese aparentemente drástico abandono por parte de los historiadores serios y mínimamente objetivos, no sólo de esta interesante línea de investigación, sino también del resto de los variados temas de índole masonológica, aunque presumimos que la Gran Guerra por un lado, el advenimiento paulatino de los distintos regímenes fascistas por otro y, sobre todo, el triunfo de la revolución marxista-leninista de octubre de 1917 y lo que trajo consigo, fue la causa de ese extraño y desidioso silencio. Con ese “lo que trajo consigo la Revolución de octubre”, me refiero, por una parte, a lo que respecta a aquella suerte de impuesta *moda* que tanto inundó hasta no hace mucho los

ambientes intelectuales con su –por lo general siempre respetado– totalizador paradigma comunista y, por otra, a las *desalienantes* y *laicistas* condenas *pontificales* contra la masonería, llevadas a cabo por la recién fundada Tercera Internacional, intentando con ellas dejar a la “Orden del Gran Arquitecto” completamente segregada del flamante movimiento internacionalista, a la vez que esta Internacional imponía, culturalmente, en sus círculos intelectuales y académicos un fortísimo prejuicio sobre esta forma de sociabilidad, quedando escamoteada o completamente infravalorada en la mayor parte de la historiografía desde ese momento.

Como fácilmente se deducirá, todo esto provocó un manifiesto y general desinterés hacia la masonería por parte, tanto de los historia dores llamados sociales como de la mayoría de los “cliólogos”, salvo algunos investigadores –la mayoría profesores universitarios como Combes, Ferrer, Ligou, Mola, Agulhon...– que, desde los años sesenta, comenzaron de nuevo a retomar este interesante objeto de estudio, siguiendo desarrollando hasta hoy la llamada masonología.

Esta nueva tendencia historiográfica que, como decimos, tanto en Francia, España, Italia, Bélgica, Inglaterra, como en otras naciones europeas, viene realizando una esclarecedora labor desde hace, sobre todo, tres décadas, ha vuelto, tímidamente, a dirigir su mirada sobre el atractivo objeto de estudio de las interrelaciones entre el movimiento obrero y el llamado hiramismo o masonería.

Estos trabajos monográficos que, por lo común, se han realizado separadamente por las tres corrientes ideológicas más relevantes de la llamada cultura proletaria; es decir, la social–demócrata o socialista, la marxista-leninista o comunista autoritaria y la libertaria, tratan, *grosso modo*, los distintos temas a estudio de una forma muy poco general y con no excesiva exhaustividad –en algunas ocasiones resultan meros trabajos periodísticos–, sin pararse en profundidad –salvo en algunos casos de auténtica, aunque breve, excelencia intelectual–, en estos temas monográficos obviamente relevantes, aproximándose a ellos, en demasiadas ocasiones, sin la correspondiente reflexión teórica o sin el bagaje mínimo de conocimiento politológico.

Por todo ello, este interesante objeto de estudio histórico se encuentra todavía hoy, tanto a nivel nacional como, sobre todo, a nivel internacional, muy poco trabajado. Seguimos echando en falta, en una buena parte de los discursos hechos hasta el presente, una necesaria y fundamental teorización, partiendo, como decimos, de una visión general sobre estas cuestiones, en relación a las auténticas interrelaciones, adecuaciones o nexos entre estas trascendentales culturas políticas y, sobre todo, una fundamental, expositiva o concluyente visión sintética sobre todo ello.

De todas formas, por la calidad de su factura o por el tratamiento dado al tema del que se han ocupado, son dignos de ser mencionados aquí los siguientes autores:

En cuanto a la interrelación habida entre la masonería y el socialismo destacan: en Francia, André Combes o Denis Lefebvre; en Bélgica, John Bartier; los italianos Aldo Chiarle, Anna Maria Isastia y Aldo A. Mola; o los españoles Víctor M. Arbeloa, José Antonio Ferrer Benimeli y Ángeles González Fernández.

En lo que respecta a las relaciones habidas entre el marxismoleninismo y el hiramismo, descuellan plumas como las de los belgas Paul Van Praag o H. Dethier, o francesas como la de Christian Lauzeray.

Y para estudiar los nexos históricos entre los anarquistas y la francmasonería, hay que recordar los trabajos publicados por autores franceses como el metodológicamente inefable Léo Campion o, más recientemente, Edouard Boeglin, italianos como Aldo A.

Mola o Luigi Polo Friz, y españoles como las monografías de Enric Olivé Serret, Ángeles González Fernández, Jesús Ruiz Pérez, Pere Sánchez i Ferré o Leandro Álvarez Rey.

Además de las obras de los autores aquí citados, es importante recordar que, sobre estas cuestiones, resultan dignas de ser reseñadas las siguientes obras: el estudio realizado por Alexandre Marius Déés de Sterio sobre “Mouvements syndicaux en Allemagne et symbolique maçonnique”, publicado en el libro *La pensée et les hommes. Sous le masque de la Franc-Maçonnerie*, editado por Jacques Lemaire y publicado, en 1990, por las Editions de l’Université de Bruxelles; el monográfico dedicado a la masonería por el número 193 de la revista belga *Cahiers Marxistes*, de febrero-marzo de 1994; y las actas, todavía sin publicar, de las jornadas *Conference “We Band of Brothers”: Freemasonry in radical and social movement 1700-2000*, organizadas por el profesor Andrew Prescott y celebradas en la universidad de Sheffield en noviembre de 2004.

Aclaro antes de nada que, con esta suerte de estudio introductorio o propedéutico que a continuación desgloso sobre las más que probables interrelaciones o influencias simbólicas, y hasta ideológicas, que llegaron a darse entre la denominada cultura proletaria y la francmasonería, no parto de ningún principio teleológico o finalista a la hora de buscar, obsesivamente, cualquier indicio, atisbo o posible nexo demostrativo –incidental u ocasional– en la historia de ambas culturas políticas que aparente o intente demostrar hipótesis de trabajo alguna. Tampoco es mi pretensión sentar ningún tipo de superflua base teórica o teoricista –tan de moda por desgracia en mi profesión desde hace tres lustros–, con el pedante pensamiento puesto en el absurdo anhelo de crear, a partir de estas sencillas reflexiones, una futura corriente o línea de investigación historiográfica.

Con este modesto trabajo sólo y exclusivamente trato de mostrar o exponer, a nivel meramente introductorio –sin tan siquiera calibrar o valorar en profundidad la compleja fenomenología a estudio–, toda esa complicada y diversa maraña de coincidencias, influencias y hasta apoyos que, hoy por hoy, sabemos que se han dado históricamente entre la “Orden del Gran Arquitecto del Universo” y el movimiento obrero; albergando eso sí como únicos y esperanzados logros de todo este esfuerzo que, siempre y cuando se juzgue de interés por la comunidad científica correspondiente, se abra con todo ello un campo nuevo de debate historiográfico –alejado de cualquier prejuicio de escuela o de ideología– y, quizás, que se consiga también provocar o sugerir nuevos enfoques metodológicos en ciertas líneas de investigación cruciales o tangenciales con esta temática de la historia social y de las ideas; es decir, que los colegas que estudien el movimiento obrero a nivel organizativo, social, biográfico, ideológico o iconográfico, no olviden en sus investigaciones al posible influjo que la masonería pudo haber tenido con sus respectivos objetos o sujetos de estudio.

Planteamiento

Que una forma de sociabilidad iniciática, esotérica, filantrópica, liberal y, fundamentalmente, burguesa, llegue a tener una clara influencia en la historia del movimiento obrero desde sus mismos inicios, llama poderosamente la atención de cualquier curioso en el tema. Y, como ya hemos adelantado, a un inquieto universitario gallego de formación intelectual y praxis trotskista, que derivó, el año de la muerte del dictador, hacia las apasionadas y místicas aguas del libertarismo, le sorprendió todavía más cuando, realizando su tesis de licenciatura, se encontró con estas llamativas realidades históricas.

Su viejo prejuicio o escrúpulo obrerista con relación a una sociedad secreta de “*aburridos burgueses con la reaccionaria mística fraternalista de creer en la utópica idea*

–y fomentarla– de un armonioso mundo sin lucha de clases”, le empujaba si cabe todavía más a seguir alucinado –sin intermediación de ningún tipo de psicotrópico– cuando descubría que en esa secreta y extraña asociación esotérica y ocultista se habían dejado iniciar viejos tótems de su obrerista e internacionalista retablo personal como Lafargue, Buonarroti, Proudhon, Bakunin, Fanelli, Malatesta, Robin, Farga Pellicer, Fermín Salvoechea, Ferrer y Guardia, Andrés Nin, etc.

¿Qué pintaban en esa oscura y extraña sociedad gente tan “científica” como el yerno de Marx, Andrés Nin o, seguramente, el propio Lenin, o tan racionalista y desmitificadora como los anarcos citados?

¿Por qué infinidad y nunca mejor expresado, infinidad de agrupaciones o sindicatos obreros de los siglos XIX y XX, tanto marxistas como libertarios, eligieron preclaros símbolos o emblemas masónicos como distintivo de su sello asociativo?

¿Por qué el consejo federal español de la misma Internacional eligió como insignia algo tan francmasónico como inscribir en un círculo –símbolo del universo, del alma universal, del infinito y de la perfección, y en estrecho vínculo original con el compás– un nivel iconográficamente masónico (como una gran A mayúscula), sabiendo que, en masonería, el nivel es el símbolo de la *igualdad social* y la “escuadra justa” que, en teoría, lo compone, recuerda siempre la vía de la rectitud moral y, al mismo tiempo, la propia silueta que este nivel dibuja es, nada menos, que una especie de “delta” o triángulo masónico –“divinidad”, “luz eterna de la sabiduría”, “conocimiento” o “equilibrio universal” para los masones agnósticos o antiteístas como los internacionalistas Blanc, Proudhon, o Bakunin–, inscrito, como ya hemos dicho, en la circunferencia citada, “hablando” entonces esta insignia, *exclusivamente*, a todo iniciado en la masonería que la viese, de lo que, en puridad, pretendía la Asociación Internacional de Trabajadores: buscar un utópico mundo universal o internacional de sublime, sabio y equitativo equilibrio por medio de la recta práctica moral del igualitarismo social?

¿Por qué el viejo masón e internacionalista italiano Enrico Bignami, escribió, en 1913, a la logia milanesa *Carlo Cattaneo* –como ha descubierto mi amigo y colega Aldo A. Mola– que “fue bajo la bóveda estrellada de un Templo donde pude constituir la primera sección italiana de la *Internacional*. Y que los detractores socialistas de la Masonería podrían acordarse de otros cien hechos como este”? ¿Por qué en la famosa fotografía del IV Congreso de la Internacional celebrado en Basilea en septiembre de 1869, donde sobresale la gigantona figura de Bakunin (sobrepasaba los dos metros de estatura), la pancarta que rubrica el acontecimiento lleva como símbolo distintivo el masónico “Delta luminoso o radiante”, pareciendo más el típico estandarte de cualquier logia masónica que el característico cartelón societario al uso?

¿Por qué el autor de obras tan apocalípticamente demoledoras, iconoclastas e irreverentes como el *Catecismo revolucionario*, *El Estado y la Anarquía* o la póstuma *Dios y el Estado*, ocupó su precioso tiempo de conspirador y revolucionario, escribiendo y publicando el *Catecismo de la Francmasonería moderna*?

Por qué este atrabiliario y luciferino antiteísta de Mihail Bakunin permitió que la masonería italiana lo “exaltase” –desconocemos si por medio de la mera “comunicación” o ritualmente– al grado 32º, sabiendo de sobra que el lema de ese grado que iba a alcanzar reza: “*Spes mea in Deo est*”; es decir –siguiendo lo confirmado por mi amigo latinista Antonio García Masegosa–, “*Mi Esperanza se funda –se encuentra o está– en Dios*”?

¿Por qué el todavía utilizado gesto de identidad anarquista: dibujar un arco con los brazos por encima de la propia cabeza, cerrándolo arriba con las manos, “enganchando”

éstas con los cuatro dedos de cada mano menos los pulgares, se asemeja tanto a dos señas o gestos de la liturgia masónica: el de petición de auxilio –con la salvedad de que en éste el masón semientrelaza las manos formando una abierta y receptiva venera–, y el del momento final de la psicodramática ceremonia de exaltación al tercer grado, el de maestro, cuando el venerable ayuda a levantarse al hermano recipiendario, sacándolo del ataud donde se le ha acostado, “enganchando” su mano derecha con la del que recibe esa emocionante iniciación de manera exactamente igual que lo vienen haciendo los anarquistas, con sus propias manos, cuando realizan su saludo *tribal*?

¿Por qué el cartel con las fotos y nombres de los delegados asistentes al Congreso de Gotha celebrado en mayo de 1875 por la social–democracia alemana, centrado por una foto principal –posiblemente trucada– de dos ególatras irreconciliables como fueron Marx y Lasalle, es coronado con un símbolo tan antiguo y prototípicamente masónico como el *fraternal* saludo de manos, insignia también del sindicato español U.G.T.?

¿Por qué la estrella roja comunista fue retomada de un símbolo repetido *ad nauseam*, desde el siglo XVIII (o desde el XVII, según autores), por la iconografía masónica, la “estrella flamígera” –de viejísima tradición pitagórica–, asociada ritualmente desde antiguo al grado de “Compañero”; es decir, a la camaradería o “compañerismo”, conocida además la declarada masónicofobia de León Trotski, creador del Ejército rojo que toma dicho emblema?

¿Por qué todavía hoy en los sindicatos estadounidenses de mecánicos, ferroviarios, etc., se utilizan denominaciones como “Logia” para denominar a su sindicato local y “Gran logia” para referirse a su organización nacional?

Posibles respuestas al planteamiento Ante todo que no se nos aduzca, de principio, y por ese apasionado e irreprimible afán latino de impugnar por impugnar, la demoledora y totalizadora refutación de todo el planteamiento que resulta de estas incógnitas expuestas, alegando para ello rotundas y expeditas explicaciones como, por ejemplo, que la apropiación de esa simbología masónica no fue otra que el sencillo, intuitivo e inconsciente aprovechamiento de iconos psicoanalíticamente atractivos y de sencilla e ilustrativa –o conceptual– grafía; alegando, verbigracia, la indudable realidad de que, tanto el “delta” o triángulo como la estrella de cinco puntas –dos de las imágenes masónicas más reutilizadas o asimiladas–, provocan, como tales imagos, una fortísima pulsión escópica en cualquier sujeto, como bien sabe hoy la técnica publicitaria. No albergamos crítica alguna sobre la famosa reflexión, recordada tanto en la obra de mi querido amigo José Luis Castro de Paz, de que “no es el ojo el que mira, sino el objeto el que capta la mirada”. No vamos a entrar para nada en este tipo de polémicas, dado que, históricamente, no nos llevarían, con la exigida exactitud, a donde juzgo que, verdaderamente, me inclinan –o nos inclinan– las reflexiones conjeturales ante esas cuestiones trazadas.

Las posibles respuestas a estas complejísimas y caudalosas preguntas han venido al investigador, paulatinamente, de una manera deductiva y por tres caminos diferentes. Tres diferentes vías que, en realidad, pueden entreverarse triangularmente o conjugarse, explicarse o entenderse ensambladas; es decir, pueden quedar comprendidas como tres partes fundamentales de una misma explicación, a la hora de poder descifrar el porqué de todas estas curiosas incógnitas.

Veámoslos, entonces, por lados o secciones:

A. Por la apodíctica realidad histórica de que la masonería universal entendió, desde siempre, el apoyo a los proletarios como una acción más de su autoexigida acción filantrópica y su estatutaria práctica de igualitarismo social. Y, a medida que se va

desarrollando el movimiento obrero a lo largo del siglo XIX, irá trazando puentes entre ella y el mundo del trabajo –incluido el del propio societarismo–, reinterpretando su viejo espíritu fraternalista y, socialmente, cohesionador o conciliador.

B. A raíz del descubrimiento histórico, realizado por el historiador que esto escribe, de la utilización de la organización masónica por parte de los conspiradores liberales de la subversión antiabsolutista del Sexenio negro español y la tradición, proyectada muy pronto a nivel internacional, que dicha instrumentalización político–organizativa inició, a raíz del triunfo de la revolución liberal de 1820, en plena Europa de la Restauración.

Dentro, todo ello, del complejísimo paradigma revolucionario romántico, quedando entendida la masonería por una buena parte de los variados colectivos de la subversión del siglo XIX, como una asociación cobijadora de la perseguida subversión liberal y, por amplia extensión –y especialmente a medida que nos aproximemos al ideológicamente trascendente ecuador histórico de 1848– de todo revolucionario. Fuese éste liberal o nacionalista como Mazzini o el primer Bakunin, socialista como Blanc o Blanqui, comunista como Buonarroti o anarquista como Bakunin, Fanelli o Lorenzo.

C. Por llegar a sostener la lógica e intuitiva hipótesis de que aquellos internacionalistas pudieron seguir, conscientemente, la ya vieja tradición revolucionaria liberal de apropiarse de ritos o usos y, sobre todo, iconos masónicos, con el fin de poder *representar* así, emblemáticamente, los nuevos valores ideológicos de: igualdad, federalismo, solidaridad, fraternidad, trabajo, etc. Imitando entonces los obreristas, en cierta manera, lo que antes habían hecho, una vez conquistado el poder, los Estados liberales, cuando éstos sintieron la perentoria necesidad de *proyectar* públicamente sus ilustrados mensajes políticos de pensamiento republicano, cívico o laicista, por medio de todo un complejo conglomerado ritual de referentes iconográficos masónicos. Institucionalizando los liberales entonces, *ex novo*, todo un complejo mundo simbólico y protocolario oficial, que, volitivamente, se alejase de cualquier indicio de formalismo estatal y religioso que pudiese recordar las odiadas formas y boatos del Antiguo Régimen.

A continuación, intentaremos ofrecer una cumplida o, por lo menos, introductoria explicación a estas tres grandes secciones en las que desglosamos las posibilidades de respuestas que hemos deducido de aquellas preguntas sobre las influencias, interrelaciones, concurrencias y concomitancias entre el movimiento obrero universal y la francmasonería.

A. Filantropía masónica y proletariado

En cuanto al primer punto; es decir, lo que hemos llamado la sección A de nuestra explicación, hay que decir que, desde el mismo siglo de su creación, el XVIII, la masonería o hiramismo británico fue el primero en preocuparse, a nivel estrictamente filantrópico, de la cuestión obrera en su industrializado Reino Unido. La fundación y sostenimiento de instituciones de beneficencia como hospicios, escuelas y centros asistenciales donde se acogió a una zona menesterosa del primer proletariado moderno de la historia, fue y es una de las preocupaciones más relevantes de toda su acción corporativa.

Todo tipo de masonería, tanto la denominada regular como ha sido y sigue siendo la anglosajona como la irregular o liberal como casi siempre fueron, a lo largo de la historia, las llamadas masonerías latinas, han tenido la estatutaria obligación de realizar, primordialmente, la práctica del altruismo; pero la masonería *British* ha hecho, desde la propia fundación de esta asociación, más hincapié en potenciar la *caritativa* labor de su organización. El origen de todo ello está quizá en su propio rito masónico, el llamado Rito

de Emulación, no olvidemos que para este rito, los tres principios en los que reposa la auténtica masonería son, por su orden: el Amor fraternal, la Beneficencia y la Verdad.

Más tarde, ya entrado el siglo XIX, las logias inglesas irán asimilando en sus iniciáticos misterios a elementos instruidos y cualificados de su proletariado nacional, llegando la masonería británica en esta preocupación proletarista al extremo de ofrecer sus propios locales para que dieran cobijo a una de las más importantes reuniones preparatorias de la Primera Internacional obrera, como recogen, tanto el historiador alemán Max Nettlau como el anarquista y masón español Anselmo Lorenzo –citando éste la obra *Garibaldi: Historia Liberal del Siglo XIX* de Rafael Farga y Pellicer–, cuando el engolado y prestigioso hiramismo británico decimonónico cedió su *Free Masons Tavern* para que aquel célebre mitin, convocado por Karl Marx, la denominada Fiesta de la Fraternalización Internacional del 5 de agosto de 1862, pudiese llevarse a efecto.

Coincidiendo con lo estudiado mucho más tarde por André Combes, el citado historiador anarquista Max Nettlau, en su obra *La anarquía a través de los tiempos* nos dice, cuando critica el pésimo trabajo organizativo que realizara después de este mitin de la Hospedería de los Masones el internacionalista y también masón Henri Louis Tolain que, si no fuese por los francmasones socialistas organizados en “*las pequeñas logias masónicas avanzadas de 1850 y 1858, que reunían socialistas internacionales*” (5), se refiere sin duda –como más adelante veremos cuando hablemos de la masonería francesa– a las logias “menfitas” de la *Grande Loge de Philadelphes* –formadas, en un principio, por exiliados republicanos y socialistas franceses en Londres–, no se podría llegar jamás a la reunión fundacional de la Asociación Internacional de Trabajadores del 28 de septiembre de 1864.

Algo semejante va a ocurrir en otras naciones como Estados Unidos, donde su primer sindicalismo de clase poseerá una nomenclatura de clara influencia masónica, *verbigratia*: el sindicato de zapateros Los Caballeros de San Crispín, que se estructuraba por “logias”; los sastres de La Noble Orden de los Caballeros del Trabajo, que se organizaban al principio secretamente en “logias”, adoptando complejos rituales y disimuladas señas y contraseñas de reconocimiento con el fin de que, como recoge Florence Peterson, “ningún espía del patrón pudiese hallar la manera de entrar en el salón de la logia para traicionar a sus camaradas” (6), también hay que recordar que su más alta jerarquía sindical se denominaba “Gran Maestro Obrero”.

En la Francia prerrevolucionaria, encontramos en la masonería de provincias a logias que, muy tímidamente, comienzan a aceptar “*entre sus columnas*”, es decir, dentro de sus logias, a pequeños artesanos. Durante el Primer Imperio, como recuerda André Combes, se inicia el tibio y lento proceso de aceptación de proletarios en las logias francesas que se irá acentuando, progresivamente, a partir de la Restauración borbónica y durante la monarquía “burguesa” de Luis Felipe de Orleans donde, pensando en los proletarios, se rebajarán las tasas o gastos mínimos de iniciación y habrá una declarada política de permisividad por parte de esta masonería con la citada exigencia de la alfabetización del neófito (7).

Pero no habrá directo y manifiesto interés por la clase obrera y por el societarismo por parte de la masonería gala hasta los mismos inicios de la segunda mitad del siglo XIX cuando, como ya hemos adelantado y siguiendo lo dicho por el profesor Combes, serán los masones exiliados en Inglaterra después del golpe de Luis Napoleón Bonaparte, los que funden, en el Rito de Memphis –único prohibido por el Estado imperial francés–, la logia *Philadelphes*, cuyo título ya anunciaba –o recordaba– viejos aires conspiradores, logia madre de la que saldrá la gran logia del mismo nombre.

Aquí, en este ambiente de masonería republicana y socialdemocrática cada vez más extenso, con su recién fundada Gran Logia de Philadelphos, encontraremos a republicanos y socialistas célebres como Jean-Baptiste Boichot, Bradlaugh, el yerno inglés de Marx, o Louis Blanc, y de este entorno masónico saldrá nada menos que la Sociedad Fraternal de Demócratas-Socialistas Franceses, amén de destacados internacionalistas de primera hora como Le Lubez, Combault, Vésinier o Benoit (8), los auténticos organizadores de la A. I. T., si seguimos en esto lo dicho por el serio y positivista historiador libertario Max Nettlau.

Estos masones entendían a su institución como un auténtico y arquetípico modelo de democracia con la obligada praxis de ayudar a la transformación de la sociedad humana, siguiendo la vieja y triangular divisa masónica de Libertad, Igualdad y Fraternidad, y a la logia, como una escuela de formación cultural y científica. Los objetivos inmediatos contenidos en el programa de esta masonería *menfita* que, por otro lado, casi cuatro decenios más tarde, en plena Primera Restauración borbónica, llegaría a España cobijando a una buena zona del republicanismo y del obrerismo español de final de siglo, eran, como nos dice Combes, dos: la lucha contra la ignorancia por medio de la escolarización, y “*la ayuda al proletariado en su emancipación*”, especialmente, por medio de la creación de –presumimos proudhonianas– mutualidades.

Así se explica, como sigue apuntando Combes y ya hemos adelantado, la fuerte presencia de la masonería en el seno del movimiento societario y de la Primera Internacional; y, probablemente, también ésto nos puede dar la clave del origen o del porqué de esa asunción de parte de la simbología masónica para representar la nueva emblemática de esta importante asociación obrera. Dado que, al ser los masones de este hiramismo *menfita* los auténticos organizadores de la A. I. T., éstos pudieron proponer o influir en dicha iconografía, obteniendo para ello la lógica aquiescencia o apoyo del resto de los nada escasos internacionalistas masones.

Recordemos que, en 1867, de esta corriente masónica que tendrá como principal teórico a un viejo utópico sansimoniano, amigo y “hermano” de Proudhon, Marie-Alexandre Massol, se separará un pequeño grupo anarquizante que creará la revista *L’Action maçonnique*, caracterizado por un violento antiteísmo y que pretenderá convocar a la masonería para que se comprometiese, directamente, en las luchas políticas y sociales (9).

En España, país de tan tardía Revolución industrial, la sociedad de la Acacia; es decir, la masonería o hiramismo, no comenzó a iniciar a proletarios, que sepamos, hasta entrado el llamado Sexenio Revolucionario o democrático (1868-1874), en realidad, cuando comienza su denominada edad de oro. Aunque en la anecdótica masonería de la era isabelina, sabemos de logias como la *Los Amigos de la Naturaleza y Humanidad*, estudiada por Victoria Hidalgo Nieto, donde su cuadro logial poseía un abultado número de operarios de la fábrica de vidrio de Gijón. A partir de 1868, el hiramismo hispano irá desarrollando – paulatinamente y según obediencias o masonerías–, una auténtica campaña de popularización de las logias, al dirigir manifiestamente su acción proselitista hacia los obreros, sobre todo durante el último cuarto del siglo diecinueve y, más tarde, durante el primer tercio del veinte; en realidad, hasta el final de la última guerra civil, en 1939. En esta historia un larguísimo elenco de anarquistas, socialistas y algún que otro comunista autoritario pasarán por las logias españolas desde el siglo XIX hasta el bélico final de la Segunda República.

Historiográficamente, en este variado y hasta hoy no muy bien vertebrado conjunto de definidas etnias como Galicia, Cataluña, País Vasco, Castilla o Andalucía que, desde

hace unos siglos, viene denominándose España, nos encontramos, posiblemente, con la más abundante publicística nacional sobre este tema en cuestión. Es más, puede decirse que, gracias a la labor académica realizada por el profesor Ferrer, sus discípulos y los investigadores que han colaborado o colaboran en las actividades llevadas a cabo por el instituto de investigación histórica que el citado estudioso aragonés fundó en 1983, el Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, España es, hoy por hoy, la nación donde se ha estudiado, con mayor profusión a niveles generales, este tema de las influencias y adecuaciones entre el societarismo y la masonería.

En estos últimos veinticinco años se han venido publicando ensayos históricos sobre estas cuestiones. Trabajos iniciales como los de Víctor Manuel Arbeloa sobre el socialismo (10) o Enric Olivé Serret sobre el anarquismo (11); la ya citada monografía del masonólogo aragonés José A. Ferrer *La masonería española y la cuestión social*(12); y, después, trabajos como lo vertido en mi tesis doctoral, leída en 1989, en la Universidad de Zaragoza (13); lo publicado por Pere Sánchez i Ferré y José Luis Gutiérrez Molina (14); Pedro Fermín Álvarez Lázaro (15); lo vertido en mi libro *Laicismo, educación y represión en la España del siglo XX*, lo dicho en el capítulo que escribí para el libro *La sociabilidad en la historia contemporánea*(16); la sugerente y excelentemente vertebrada ponencia presentada al X Symposium Internacional de la Historia de la Masonería Española –celebrado en Leganés (Madrid) en septiembre de 2003– por Jesús Ruiz Pérez (17); y, por último, la relevante obra que, sobre estos temas, han publicado los profesores de la Universidad de Sevilla Ángeles González Fernández y Leandro Álvarez Rey (18).

B. La creación del constructo romántico “masón y revolucionario” En lo que respecta al punto explicativo B, el correspondiente a ese imago construido en pleno romanticismo sobre la particular simbiosis revolución=masonería tan fomentada, por otro lado y desde el siglo XVIII, por la propia publicística antimasonónica y por los Estados Unidos de Norteamérica –con sus institucionales glorificaciones washingtonianas–, remito al lector a mi propia obra sobre el tema, en especial, al capítulo “*Masonería y ejército en la España contemporánea*” del libro publicado en París en 2004 y dirigido por Elizabeth Delrue, *Autour de L’Armée espagnole, 1808–1939*, y a la comunicación intitulada “*De militares y masones. Reflexiones en torno a la creación del constructo: “militar, liberal y masón”*”, que presenté, en el VII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea celebrado en Santiago y Ourense, en septiembre de 2004, y publicado en CD-ROM por la Universidad de Santiago de Compostela (19).

Este tipo de costumbres que, en politología, nos hablan de conspiraciones anteriores y posteriores a esta a la que nos referimos –la llevada a cabo por los subversivos oficiales artilleros de la logia militar coruñesa *Los Amigos del Orden*, en pleno Primer periodo absolutista fernandino–, y que utilizan la estructura orgánica de las sociedades secretas para intentar llevar a cabo su complot, como: los Iluminados de Babiera de Adam Weishaupt –de nombre de guerra *Spartakus*–, que había copiado formas y maneras francmasonónicas para crear aquella subversiva asociación con sus sobrenombres y sus grados; la orgánicamente triangular Conspiración de los iguales de François Noël Babeuf, de sobrenombre *Gracchus*; los Philadelphos con sus tres grados y sus nombres de guerra; la misma masonería española de la época citada del Sexenio Negro que también utilizará el “nombre simbólico” como medida de seguridad, siendo la citada logia militar coruñesa cuyos miembros eligieron alias como *Washington*, *Filadelfo*, etc., la que, por primera vez en la historia de las masonerías ibéricas, inicie esta tradición; la Sociedad de los Sublimes Maestros Perfectos creada por el

discípulo de Babeuf, el francmasón Philippe Buonarroti; y después, las sociedades secretas conspiradoras que, remedando parte de las formas y maneras francmasónicas, fueron apareciendo a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, como el carbonarismo, los comuneros, los anilleros, las sociedades secretas republicanas en Francia, las mazzinianas Joven Italia y Joven Europa, las de los progresistas a lo largo de toda la española era isabelina y, ya dentro del incipiente movimiento obrero internacional, la secreta Fraternidad Internacional creada, en 1864 y en Florencia, por Mihail A. Bakunin (20).

Esta sociedad secreta bakuniniana estaba proyectada, como más o menos Weishaupt había pensado la suya casi cien años antes –y León Trotski discurriría, mucho más tarde, su secreta técnica partidaria de infiltración denominada “entrismo”–; es decir, para ser utilizada como secretísima organización de iniciados con el fin de introducirse, clandestinamente, en otras asociaciones –como llegó a intentar con la propia Internacional Bakunin–, para así intentar manipular aquéllas, granjeándose simpatías o inclinando a esas organizaciones hacia sus propias ideas o fines estratégicos. Como recuerda Nettlau, hacía un año que el romántico conspirador de origen ruso había abandonado las causas revolucionarias nacionalistas para centrar toda su energía en la causa social. Esta secretísima sociedad revolucionaria fundada y sostenida por Bakunin y denominada, curiosamente, de variadas maneras como: Sociedad Internacional Revolucionaria, Fraternidad Internacional, *Società dei Legionari della Rivoluzione Sociale Italiana* –y que, por otro lado, esta prolija forma de denominarla nos refleja una vez más el apasionado y pulsional Niño que Bakunin tanto cuidó y llevó, cariñosamente, siempre dentro–, acabaría siendo el origen o la causa de las denuncias dirigidas contra él en el seno de la Internacional, por parte de un “britanizado” intelectual como Karl Marx, su yerno Lafargue, Engels y Utin, ocasionando la expulsión del carismático *l'enfant terrible* de la A.I.T., en 1872.

C. La apropiación de iconografía y rituales masónicos por parte de las ideologías contemporáneas revolucionarias Una de las más viejas y usadas definiciones que la francmasonería ha dado de sí misma, es la de que esta curiosa y antigua forma de sociabilidad “*es un hermoso sistema de moral, velado por alegorías e ilustrado por símbolos*”. Intentando darle base justificativa a esta tercera deducción apuntada en la sección C, sobre la apropiación, adaptación o utilización de simbología genuinamente masónica por parte del mundo político liberal y, siguiendo este histórico precedente, más tarde, por el propio movimiento obrero, trataremos de seguir extendiendo nuestro discurso sobre este interesante tema, presentando ahora nuevos ejemplos de adecuación de las “veladas alegorías” y los “ilustrados iconos” francmasónicos por parte del liberalismo, tanto en su vertiente oficial o institucional como en la informal vertiente panfletaria.

Posiblemente, y utilizamos aquí este conjetural adverbio dado que, después de ímprobos esfuerzos de auténtica caza bibliográfica en la *British Library* y en las más importantes librerías londinenses, tanto de libro nuevo como de lance, seguimos sin haber descubierto ningún icono “constructivo” en las insignias o banderas de aquellos puritanos radicales ingleses, los *Levellers* o Niveladores y los de su sección protocomunista, los *Diggers*, los también llamados *True Levellers* –aun que no nos extrañaría que la primera instrumentalización política de la imagen del “constructivo” nivel, como referente iconográfico del igualitarismo social, proceda de estos revolucionarios tiempos de la Guerra civil inglesa (21)–, la primera apropiación simbólico-política que tengamos constadada de este tenor, fue la que llevó a cabo la república federal de los Estados Unidos de

Norteamérica. No podemos olvidar que en su revolución participaron célebres y sobresalientes francmasones como Benjamin Franklin, George Washington, el marqués de La Fayette, Thaddeus Kosciuszko, Thomas Adams, Joseph Warren, Richard Caswell, etc.

Desde su misma gestación como nación y sobre todo durante los primeros años de su historia, los correspondientes a los dos mandatos de su primer presidente George Washington, aquellos ex-colonos británicos, padres de aquel nuevo Estado, careciendo del necesario precedente protocolario e iconográfico republicano y no queriendo remedar para nada, como ya hemos dicho, los símbolos, apariencias y fórmulas institucionales de las viejas monarquías, encontraron en parte de la emblemática y el ritual masónicos la base iconográfica y algunos de los ritos protocolarios para aquel nuevo Estado federal dentro, todo ello, del lógico paradigma estético del neoclasicismo, con la larguísima proyección de referentes iconográficos y estilísticos que esta poética conlleva.

Buena muestra arquetípica de todo esto que decimos la encontramos en el diseño de su misma bandera, la famosa *Stars and Stripes*, trazado iconográfico que, todavía hoy, a los masones les recuerda siempre a un conjunto de símbolos harto fundamentales de su iniciática asociación.

Primero, la masónica y universal Bóveda celeste de su cantón –estrellas flamígeras blancas sobre el azul firmamento– pintada obligatoriamente en el techo del prototípico espacio de sociabilidad hiramita: la logia.

En segundo lugar, las citadas estrellas flamígeras, asociadas siempre ritualmente al grado segundo, el de Compañero; es decir, que nos pueden estar hablando –como ya he dicho anteriormente en el planteamiento–, de la práctica del “compañerismo” o camaradería, además de un sinfín de variadísimos significantes esotéricos.

Y en tercer lugar, al anfibológico o plural significado simbólico de que estas estrellas se van a utilizar como representación de cada Estado y disponer en círculo, me refiero al primer diseño denominado *Betsy Ross*, por tres crípticas alegorías o motivos masónicos que vienen a reforzar, iconográficamente, la misma idea política de la unida, mutua y eternamente fuerte confederación política. Uno, para recordar la idea federal de la masónica y “circular” Perfecta unión de los trece Estados iniciales, otro, por recordar el arcano cabalístico del Ouróboros (la culebra, dragón o lagarto, mordiéndose la cola), tan utilizado en su versión ofídica en la iconografía masónica desde el siglo XVIII y que habla del eterno retorno, del infinito y de la eternidad, aquí pudo o puede ser entendido como “amuleto” de buen augurio para la nueva república y, el último, para que esta constelación circular sea comprendida, asociada o asimilada a uno de los signos alegóricos más importantes en el hiramismo, la denominada y cooperativa cadena de unión. Dado que esa imagen del principio republicano del mutualismo federativo se verá completamente reforzada por esta relevante figura simbólica de la denominada “cadena de unión” que todos los masones del mundo, después de acabados los trabajos de logia, realizan de una manera íntimamente física, al situarse todos los “hermanos” en círculo, abrazándose lateralmente unos con otros, subrayando con esta mística figura que cada hermano es un eslabón de la recíproca y cooperativa cadena universal de fraternidad que componen todos los masones en el mundo. Recordemos que una de las primeras explicaciones constatadas históricamente del simbolismo de esta bandera fue la que, después de la decisiva batalla de Saratoga, en octubre de 1777, donde el general Horatio Gates venció al polifacético general inglés John Burgoyne, Alfred B. Street le ofreció al vencido general británico una interpretación de la *Stars and Stripes*, diciéndole:

“The stars were disposed in a circle symbolizing the perpetuity of the Union; the ring, like the circling serpent of the Egyptians, signifying eternity. The thirteen stripes showed with the stars the number of the United Colonies, and denoted the subordination of the States to the Union, as well as equality among themselves.” (22).

Pero quizás las imágenes que mejor representan esto que intentamos explicar, nos las ofrecen, con esa rotunda y lacónica expresividad que sólo poseen las mejores instantáneas fotográficas, cualquiera de los dos cuadros que conocemos representando la colocación de la primera piedra del edificio del Capitolio de los Estados Unidos.

Uno es de J. Melins y el otro, de mejor factura artística, se debe a la mano del pintor y francmasón norteamericano Stanley M. Arthurs. Aunque desconocemos cuál de las dos pinturas refleja con total fidelidad cómo se desarrolló aquel importante acontecimiento, dado que ambas no coinciden completamente en lo representado, deducimos que la de Melins es más antigua por varios motivos conjeturables: la *construcción* de su exagerada perspectiva nos recuerda el típico abocetado rápido salido de la utilización de una cámara oscura, y su exhaustivísimo detallismo nos habla de la autoexigencia del pintor por dar fe, cuasi notarial, de lo acontecido sin sacrificar nada a la canónica o académica estructura de la obra y, por todo ello, este cuadro resulta obviamente más fidedigno.

El lienzo de Arthurs, por el contrario, se ve a todas luces que se pinta después de un estudioso trabajo de reelaboración, posiblemente orientándose lejanamente en lo descrito por la obra de Melins, cambiando de situación y de atributos masónicos a los personajes, de tamaño a los postes que sostienen la polea, concediéndole un estético aunque inútil podio o pedestal de ladrillos a la *cornerstone* y atreviéndose a rectificar el ritual masónico del acto, al incluir en la escena al arquitecto del edificio, con mandil masónico, retratándolo en el momento en que supervisa, escuadrándolo, el sillar ante el Gran Maestro, el propio presidente de la flamante república. No siendo tampoco correcta esta revisión litúrgica, dado que lo correcto sería que el arquitecto Thornton ofreciese los instrumentos –plomada, escuadra y nivel– al Gran Maestre para que este, una vez revisada por él la piedra, pudiese proclamar las tres cualidades de la misma: “*estar a nivel, ser firme y de buena forma*”, pasándose después al momento de la consagración.

En el cuadro de John Melins, intitulado *George Washington Laying the Cornerstone of the United States Capitol, Sept, 18, 1793*, el mismo marco dorado nos habla ya exultantemente de masonería, al estar embellecido en sus esquinas, a guisa de cantoneras, por cuatro deltas sagrados donde se inscriben cuatro estrellas flamígeras o radiantes invertidas. La obra pictórica en cuestión, de dudosa calidad artística para la época –la verdad es que, por su cuasi pueril sencillez, parece adelantarse al estilo *naïf*– nos describe con pormenor, como ya hemos adelantado, cómo se celebró la colocación de la primera piedra –la piedra angular– del nada menos que futuro *templo* de la democracia norteamericana, el Capitolio de los Estados Unidos. Proyecto arquitectónico de W. Thornton, seleccionado por Thomas Jefferson y que viene a recoger el estereotipo iconográfico clasicista, de clara influencia palladiana, de la vieja iconografía masónica de arquitecturas en directa relación con la hipotética o conjetural reconstrucción fisonómica del templo de Jerusalén. Arquitectura *pensada* masónicamente que tanto agradaba a Jefferson y que este singular político –posiblemente también francmasón– demostró conocer sobremanera cuando él mismo proyectó, y en parte sufragó, su singular Universidad de Virginia de Charlottesville.

Lo verdaderamente sorprendente de este cuadro es que da fe del ritual que aquellos bisoños republicanos eligieron para protocolizar aquel importantísimo evento. La ceremonia no fue otra que un más o menos ortodoxo ritual masónico de fundación de un edificio público, según el Rito de Emulación. Dicho de otra manera, que para colocar la primera piedra del edificio fundamental de la nueva y revolucionaria democracia, su primer presidente la va a ubicar ceremonialmente vestido con los llamativos atributos masónicos de un *Grand Master* y no, como cabría esperar, como un victorioso militar o como un sencillo y democrático presidente laico o civil. No olvidemos que, como ya hemos explicado, aquella república convirtió a Washington en el primer gran héroe romántico o, si se prefiere, protorromántico de la revolución liberal, sentando con sus rococós y clasicistas glorificaciones –que, en algunas representaciones, llegaron a ser auténticas apoteosis– las bases iconográficas del constructo “militar, liberal y –obviamente– masón”.

Pero volvamos a la descripción de la apaisada escena del cuadro de Melins. En la esquina nordeste del hueco realizado para la ubicación de los cimientos –donde ha sido ubicado el símbolo universal de la masonería, el compás sobrepuesto a la escuadra, en el grado de Maestro–, el propio presidente de la república G. Washington, cabeza descubierta, vestido de ritual como Gran maestro, con sus guantes blancos, mandil, collar y *joya móvil* de su dignidad, hace descender el sillar aparentando que lo empuja con su mallete, mientras tres acólitos, también sin sombrero, vestidos masónicamente de ritual con mandiles, guantes y collares de los cuales pende la joya móvil de Venerable maestro, esperan, solemnemente, con el trigo, el vino y el aceite para derramarlos sobre la piedra, consagrándola y dando por terminada la ceremonia de fundación.

Alrededor de esta escena, el público: mujeres, niñas, un niño, tres obreros sosteniendo la cuerda en polea que mantiene y hace descender el sillar, la bandera federal, un militar tocando el tambor, y muchos hombres, la mayor parte de los cuales son masones con el mandil atado a su cintura. Como se ve, la nueva república, quizás debido a la falta de un completo protocolo institucional republicano y al posible capricho personal de su presidente, se apropiaba de los usos y costumbres masónicos, permitiendo esta extraña y formal imbricación simbiótica de su República con la “Orden del Gran Arquitecto del Universo”.

Posiblemente, el lógico proceso de “desmasonización”, es decir, la políticamente natural desvinculación formalista de la flamante república federal de los usos y maneras masónicos y de manifestar un excesivo –o un a todas luces políticamente incorrecto– apoyo hacia una discretísima elite de individuos juramentados para rendirse, sea donde sea, el correspondiente apoyo mutuo, empezó con el mandato de su segundo presidente, John Adams.

Si se analiza textualmente la calibrada, prudente, lisonjera y hasta temerosa carta que, en 1798, este estadista les dirigió a los masones de la Gran Logia de Massachusetts en contestación a la felicitación por su nuevo cargo presidencial, vemos que este sopesado documento, redactado en un estilo literario que intenta estar próximo al de la masonería, refleja, en diplomacia, un elegante e interesado deseo de quedar bien con la influyente asociación –posiblemente convertida en un auténtico grupo de presión ideológico o hasta político gracias a los favores otorgados a ésta por la presidencia washingtoniana–, al mismo tiempo que nos puede estar hablando, por un lado, de esos posibles aires de “desmasonización” de la nueva presidencia, al ubicar Adams a la masonería en *su* pasado (“muchos de mis mejores amigos *eran* masones..”) (23) y, por otro, de los lógicos descontentos, recelos y críticas que se habían creado en los ambientes políticos

republicanos no masónicos con relación a la discreta asociación de los “nuevos constructores”, tan protegida o, mejor dicho, mimada por el primer presidente. Veamos, como ejemplo, el fragmento que el *Diccionario Enciclopédico de la Masonería* de Lorenzo Frau nos ofrece, traducido, de este documento, en su entrada de Adams, Juan:

“No teniendo el honor de pertenecer a vuestra antigua Orden, es mayor aún mi reconocimiento por vuestra afectuosa y atenta felicitación. Muchos de mis mejores amigos eran masones; y dos de ellos, mi maestro, el sabio Gridley, y mi íntimo amigo vuestro inmortal Warren, cuya vida, no menos que su muerte, son lecciones de patriotismo y filantropía, fueron Grandes Maestros, sintiendo cada vez no haber sido iniciado en vuestros misterios. Los ejemplos que acabo de citar y el más elocuente aún de mi venerable predecesor, serían bastante para constituirme en defensor del honor y buen nombre de la sociedad, aun cuando no estuviese penetrado de su amor por las bellas artes, su entusiasmo en el ejercicio de la benevolencia y su abnegación por la humanidad. Vuestra generosa calificación respecto a mi conducta y buenos deseos por el término feliz de mi período presidencial, son acreedores a todo mi agradecimiento.— Las pruebas que habeis dado de amor a vuestra patria y la oferta de vuestros servicios para proteger la herencia de vuestros antecesores, no dejan duda de cuán elevados son los sentimientos que os animan y de cuán injusta es la opinión que muchos profesan sobre los designios de vuestra sociedad.”(24)

Más tarde, será la Francia revolucionaria quien, emulando o remedando el bien conocido precedente revolucionario estadounidense, recoja, tanto a nivel de publicística oficial como a nivel de la correspondiente al mundo panfletario (25), infinidad de “atributos simbólicos” o referentes iconográficos masónicos, componiendo de esta manera una complejísima emblemática revolucionaria preñada de *igualitarios* niveles, *moralizantes* escuadras, *deltas sagrados*, *estrellas flamígeras*, compases, *deísticos Ojos omnividentes*, colmenas con sus *cooperativistas*”, “*constructiva*” y *laboriosas* abejas, *estables* y *seguras* áncoras, pirámides, obeliscos, truncados fustes, estereotipados y *virtuosos Templos de Salomón*, etc. Después, el Imperio napoleónico volvería a oficializar o marchamizar estatalmente infinidad de iconos masónicos —como también estatalizaría a la propia masonería francesa—, empezando por una buena porción de los símbolos de su propio ejército: diseños de botonaduras, de numismática o medallística, etc.

Coda

Más podríamos añadir a esta introductoria investigación sobre las concurrencias e influjos que la masonería llegó a tener con respecto al movimiento obrero y, sobre todo, en la gestación o formación de la denominada cultura proletaria o, mejor dicho, las culturas proletaristas. Podría a continuación profundizar un poco más en la interesante vida masónica y revolucionaria de un personaje citado ya con cierta profusión, me refiero al incansable Mihail Alexandrovich Bakunin. Hacer, desde el conocimiento masonológico, un profundo y detallado análisis textual de su obra, resulta a todas luces completamente necesario y puede darnos una de las claves principales para poder entender esas paralelas o convergentes similitudes ideológicas o, por lo menos, místicas, entre el deontológico humanismo del pensamiento bakuninista y la masonería. Sin olvidar en esa investigación a su secretísima Fraternidad Internacional, su estructura orgánica y las señales de

reconocimiento que tuvieron que utilizar sus *entristas* correligionarios (26), señas éstas de las que, probablemente, alguna todavía sobrevive hoy como el ya descrito gesto de salutación anarquista.

Podría también exponer sintomáticos ejemplos de jovencísimos obreros iniciados en la masonería en la Galicia del siglo XIX que, después de un tiempo de formación integral dentro de las logias, acabaron siendo los fundadores del obrerismo marxista de este país. Como fue el caso –ya estudiado en mi libro *Galicia y la masonería en el siglo XIX*–, del mecánico Francisco Fernández García, de nombre simbólico *Ferreti*, y una buena parte de sus compañeros de la primera Agrupación socialista gallega (27).

Podría, en suma, seguir mostrando más coincidencias y concomitancias entre estas dos grandes culturas políticas de la historia universal: el societarismo y el hiramismo, pero creo que, por esta ocasión, lo aquí presentado y sugerido viene a ser un sencillo, objetivo y sintomático abanico de ejemplos que, por lógica deducción, podrán ser motivo de una necesaria y posterior reflexión que, espero, llegue a provocar la realización de futuros ensayos esclarecedores, nuevos descubrimientos o distintos enfoques sobre el fenómeno en cuestión.

NOTAS

(1) A mis alumnos/as y ex–alumnos/as que, desde 1984 hasta el curso presente, han seguido mi docencia, tanto en Coruña o Lugo como en Ourense. En especial, a los hoy ya doctores Óscar Freán Hernández y Juan Osuna Rey, formados por completo en la Facultad de Historia del campus ourensano.

(2) Ferrer Benimeli, J. A. “La masonería española y la cuestión social”, en *Estudios de Historia Social*, Madrid, Mº. de Trabajo y Seguridad Social. Núms. 40-41, enero-junio de 1987, p. 30.

(3) Lorenzo, A. *El proletariado militante. Memorias de un internacional*. Madrid, Zero, 1974, pp. 61-63. Interesante tema éste de las coincidencias ideológicas –salvando, como es lógico, las obvias distancias– entre el internacionalismo o cosmopolitismo masónico iniciado, en 1737, por las dos versiones del célebre *Discours* de André-Michael de Ramsay y el variopinto internacionalismo progresista de la A. I. T. Hay que recordar que aquella breve pero relevante obra del discípulo de Fénelon, gozó de un éxito insospechado no sólo en el discreto ámbito de la masonería, siendo uno de los primeros alegatos reivindicativos del internacionalismo de todos los tiempos –además de establecer las utópicas bases para la creación de la moderna cultura política de la masonería–. Veamos, del conocido Discurso, los siguientes fragmentos: “...El amor a la patria, mal entendido y llevado a veces al exceso, destruye con frecuencia, en esas repúblicas guerreras, el amor y la humanidad. Las diferencias esenciales entre los seres humanos no radican en las lenguas que hablen, las ropas que lleven, las tierras en las que habiten, o los privilegios con los que hayan sido investidos. El mundo no es sino una república, en la cual cada nación es una familia, y cada individuo un vástago (...), donde los intereses de la Fraternidad se convertirán en los del género humano, de donde todas las naciones serán capaces de extraer conocimientos útiles y donde los súbditos de todos los reinos aprendan a apreciarse los unos a los otros sin renunciar a su propia patria (...), y que, sin olvidarse de los diversos deberes que exige la diferencia de los estados, formar, con el tiempo, una Nación toda espíritu. Se creará un

nuevo pueblo, que estando compuesto de varias naciones, se cimentarán todas, en cierto modo, por los vínculos de la virtud y de la ciencia”. Sobre este tema, Cfr.: Mellor, A. *La masonería*. Barcelona, Editorial AHR, 1968, pp. 279-287; Silva Dias, G. e J. S. *Os primórdios da Maçonaria em Portugal*. Lisboa, Instituto Nacional de Investigação Científica, vol. II, tom. II pp. 619-635; Lennhoff, E. *The Freemasons. The history, Nature, Development and Secret of the Royal Art*. Addlestone (Surrey), Lewis Masonic Books, 1994, pp. 70-71; Touchard, J. *Historia de las ideas políticas*. Madrid, Tecnos, 1974, p. 303.

(4) Ferrer Benimeli, J. A., Cuarteto Escobés, S. *Bibliografía de la masonería*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 2004. 2 tomos en 3 vols.

(5) Nettlau, M. *La anarquía a través de los tiempos*. Barcelona, Editorial Antalbe, 1979, p. 111.

(6) Peterson, F. *El movimiento obrero norteamericano. Historia y Desarrollo*. Buenos Aires, Ediciones Marymar, 1968, p. 19. En relación a este tema de la influencia que la masonería pudo ejercer en el primer movimiento obrero de Estados Unidos, promete ser interesante, cuando se publiquen las actas, la lectura de la ponencia de Mark Lause “The Order of Eternal Progress: the quasi-masonic roots of the First International in the United States”, presentada en la *Conference “We Band of Brothers”: Freemasonry in radical and social movement 1700-2000*. Celebrada en Sheffield, en noviembre de 2004.

(7) Combes, A. *La massoneria in Francia, dalle origini a oggi*. Foggia, Bastogi, 1986, p. 64.

(8) *Ibidem*, pp. 69-70.

(9) Combes, A. “L’*école de la République 1861-1939*”. (Daniel Ligou, director) *Histoire des Francs-maçons en France*. Toulouse, Editions Privat, 1987, pp. 245-246.

(10) Arbeloa Muru, V. “Los socialistas españoles y la masonería”, en *Historia 16*, nº 35, marzo, 1976, pp. 37-48.

(11) Olivé Serret, E. “El movimiento anarquista catalán y la masonería en el último tercio del siglo XIX. Anselmo Lorenzo y la logia ‘Hijos del Trabajo’”. (Ferrer Benimeli, J. A. coord.) *La masonería en la historia de España*. Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1985, pp.131-151.

(12) Ferrer Benimeli, J. A. “La masonería española y ...” *Op. cit.*, pp. 7-47. De este mismo autor, *vide*, también: “La masonería española y la Revolución bolchevique”, en *Historia 16*, nº 155, marzo 1989, pp. 20-29; “Socialisme et Franc-Maçonnerie sous la Deuxième république espagnole: deux visions opposées”. (Charles Porset, comp.). *Studia Latomorum et Historica. Mélanges offerts à Daniel Ligou*. París, Honoré Champion, 1998, pp. 109-129; “Socialistas y masonería”, en *Tiempo*, nº 306, de 21-27 de marzo de 1988, p. 14; y *La masonería*. Madrid, Alianza Editorial, 2001, pp. 157-180. Este último trabajo, el capítulo “Masonería y cuestión social” del libro *La masonería* viene a ser, ampliado, el artículo “La masonería española y ...” citado en primer lugar. Sobre la obra ferreriana en estos ámbitos

de estudio –sobre todo en el primero y en el último de los trabajos reseñados en esta nota–, tengo que señalar que, si bien contrae auténtica relevancia al ser de los primeros trabajos de la historiografía internacional en abrir este interesante objeto de investigación masonológica –a niveles generales–, sobre las interrelaciones, adecuaciones o nexos entre la masonería y el obrerismo, se sigue echando en falta en estos discursos la necesaria teorización y, sobre todo, la fundamental, expositiva o concluyente visión sintética.

(13) *Supra*, segundo párrafo de la nota 1.

(14) Sánchez i Ferré, P. “Anselmo Lorenzo anarquista y masón”, en *Historia 16*, nº 105, enero 1985, pp. 25-33; “Masonería y movimiento obrero en España”, en *Revista de Extremadura*, nº 4, enero-abril 1991, pp. 57-66; “Francesc Ferrer i Guardia i la maçoneria. Una aproximació crítica (1901-1910)”, en *Revista de Catalunya*, nº 50, marzo 1991, pp. 81-92; “Maçoneria, anarquisme i republicanisme”. *I Jornades sobre Moviment Obrer a l’Arús*. Barcelona, Associació Amics Biblioteca Arús, 1991, pp. 31-38. Gutiérrez Molina, J. L. “Masonería y movimiento obrero: Vicente Ballester y la logia *Fermín Salvoechea* (1926-1930)”, en *Papeles de Historia*, nº 3, 1993, pp. 83-93.

(15) Álvarez Lázaro, P. F. “Francisco Ferrer y Guardia, pedagogo, librepensador y masón”. *La educación en la España contemporánea. Cuestiones históricas*. Madrid, Ediciones S. M., 1985, pp.126-133.

(16) *Supra*, segundo párrafo de la nota 1.

(17) Ruiz Pérez, J. “Masonería y posibilismo libertario: la actividad masónica de Marín Civera”. (Ferrer Benimeli, J. A., coord.) *La masonería en Madrid y en España del siglo XVIII al XXI*. Zaragoza, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, 2004, pp. 1.005-1.021.

(18) González Fernández, A. “Socialismo y masonería”. (Vv. aa.) *Los orígenes del socialismo en Sevilla. 1900-1923*. Sevilla, Área de Cultura del Ayuntamiento, 1996, pp. 259-268; “Masonería, republicanismo y anarquía: Pedro Vallina”, (Ferrer Benimeli, J. A., coord.). *La masonería española y la crisis del 98*. Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1999, pp. 43-63; “La masonería ante la cuestión social”. (Braojos Garrido, A., coord.) *Masonería, prensa y opinión pública en la España contemporánea*. Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 1997, pp. 71-98; González Fernández, A. y Álvarez Rey, A. “Actitudes y estrategias de la masonería sevillana ante los movimientos sociales (1912-1923)”, en (Ferrer Benimeli, J. A., coord.) *La masonería española entre Europa y América*. Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1995, pp. 145-162.

(19) Y que, en soporte papel y en versión ampliada, ofrezco con el título “Botas y espadas en la secreta sociedad de la escuadra y el compás: la masonería y los militares en la historia de España”, en el *Anuario Brigantino 2004*, número 25 que, el Concello de Betanzos, publicará en 2005. (*Vid.*: <http://www.betanzos.net>).

(20) Justo cuando aquel arquetipo del revolucionario tardorromántico asistía en esa misma ciudad de Toscana, el 21 de mayo de ese año –nada menos que como delegado del

Cónclave masónico toscano por el Rito Escocés Antiguo y Aceptado–, a la primera asamblea constituyente de la masonería italiana. En aquella efervescente masonería italiana “postunitaria” el *camarade vitamine* de Léo Ferré intentó infructuosamente reformar de raíz a este hiramismo, orgánica y teológicamente. Cfr.: Patrucco, C. *Documenti su Garibaldi e la massoneria nell’ultimo periodo del Risorgimento italiano*. (Edición facsímil de la de Alessandria de 1914). Sala Bolognese (Emilia Romagna) , Arnaldo Forni Editore, 1986, p. 34. Sobre la activa y relevante “vida italiana” de Bakunin de estos años, *vide.*: Mola, A. A. *Storia della massoneria italiana. Dalle origini ai nostri giorni*. Milán, Bompiani, 1994, pp. 115-117, 127, 135; Damiani, F. *Bakunin nell’Italia post-unitaria, 1864-1867*. Milán, 1977; Nettlau, M. *Bakunin e l’Internazionale in Italia dal 1864 al 1872*. Ginebra, Edizioni del Risveglio, 1928, pp. 209-233; Nettlau, M. *La anarquía a través... Op. cit.*, pp.114-118; Polo Friz, L. “Mijaíl Bakunin y la Masonería italiana”. (Ferrer Benimeli, J. A., coord.). *Masonería, revolución y reacción*. Alicante, Instituto de Cultura”Juan Gil-Albert”, 1990, pp. 195-212; Campion, L. *Les anarchistes dans la F. M. ou les maillons libertaires de la chaîne d’union*. Marsella, Editions “Culture et Liberté”, 1969, pp. 58-66.

(21) Como dice en su conocido libro sobre la historia de la masonería inglesa el historiador y exbibliotecario de la Gran Logia Unida de Inglaterra, John Hamill, en plena Guerra civil inglesa se tiene constancia ya de la existencia de logias masónicas de transición; es decir, con masones aceptados –ajenos completamente al mundo de la construcción– dentro de sus talleres y de ideario, tanto parlamentarista como realista. Cfr.: Hamill, J. *The History of English Freemasonry*. Addlestone (Surrey), Lewis Masonic Books, 1994, pp. 35–39. Agradecemos aquí la cariñosa y solidaria acogida que he recibido en el Freemasons’ Hall de Londres, por parte del entrañable Juan Antonio Vázquez (John Vázquez), del bibliotecario Martin Cherry y de Peter E. Holland, miembro de la *Quator Coronati Lodge*.

(22) “Las estrellas fueron dispuestas en círculo, simbolizando la perpetuidad de la Unión; el anillo, como la serpiente circular de los Egipcios, representa la eternidad. Las trece barras muestran con las estrellas el número de las Colonias Unidas, y denotan la subordinación de los Estados a la Unión, así como la igualdad entre ellos mismos.” Cfr.: Znamierowski, A. *The World Encyclopedia of Flags. The definitive guide to international flags, banners, standards and ensigns*. (S. 1.), Anness Publishing Limited, 2003, p. 113. Sigue causándome estupor o por lo menos sorpresa, el hecho de que todavía hoy haya investigadores que, estudiando el atractivo mundo de las representaciones en el complejo y multivariado entorno simbólico de la Revolución norteamericana, sigan “olvidando” en sus interpretaciones iconográficas –desconozco si por ignorancia o por volitivo ánimo de escamoteo– el fuerte influjo que la iconografía y emblemática masónica ha ocasionado en todo este complejo fenómeno de la relevante “invención de una Nación”. Por ejemplo, resulta a todas luces llamativo que, en un libro recientemente publicado por una prestigiosa universidad inglesa como el escrito por el profesor Hackett Fisher, donde hay capítulos exclusivamente dedicados a interpretar simbólicamente constructos o imagos tan fundamentales como, por ejemplo, la propia bandera (pp. 152-166), no se hable para nada de lo que trato en este apartado de mi artículo, reduciendo la explicación sobre el origen de esa singular e iconográficamente revolucionaria “*new constellation*” de su cantón, a una sencilla y doméstica tradición familiar de la influyente “*Adams family*”, haciendo David Hackett en su abultada obra dos únicas y tangenciales referencias al hiramismo norteamericano, las dos, curiosamente, en tiempos de la presidencia de Lincoln. *Vid.*: Hackett Fischer, D.

Liberty and Freedom (A Visual History of America's Founding Ideas). Oxford, University Press, 2005, pp. 152-166, 335, 369.

(23) Originalmente, si seguimos lo transcrito por el historiador norteamericano Sidney Morse, el presidente Adams fue quizá más rotundo todavía al dejar a la masonería en “su” pasado, utilizando el pretérito perfecto “*have been*”; es decir, “han sido”, veámoslo: “*Many of my best friends have been Masons ...*” Cfr.: Morse, S. *Freemasonry in the American Revolution*. (Edición facsímil de la washingtoniana de 1924). (S. l., Gran Bretaña), Kessinger Publishing's Rare Reprints, (s. a.), p. 45.

(24) Frau Abrines, L., Arús y Arderiu, R. *Diccionario Enciclopédico de la Masonería*. T. I., México, Ed. del Valle de México, 1976, p. 42.

(25) Este último relacionado, sobre todo, con los clubes jacobinos de provincias que imprimieron infinidad de panfletos preñados de iconografía masónica donde, por lo general, los símbolos más repetidos serán el equilibrado y divino “Delta” y el “igualitario” nivel. Todavía hoy es facilísimo, por ejemplo, encontrar en los anticuarios de Besançon abundantes colecciones –por cierto carísimas para un bibliófilo modesto– de esta curiosa panfletística. El porqué de estas influencias entre masonería y jacobinismo nos lo ofrece el excelente trabajo del profesor Michael L. Kennedy –ya citado por mí en el discurso de mi obra *Galicia y la masonería en el siglo XIX* (pp. 19-20), cuando declara que, “*Yet, when everything is considered, one cannot deny that the clubs owed much to the lodges. The fraternal embrace, the blackball, and the use of terms like ‘frère’ and ‘temple’, while not strictly masonic in origin as Brinton stated, imply masonic influence. And there is something to be said for the Gaston- Martin’s contention that the Jacobin network was modelled on that of the masons. As early as 1790, Camille Desmoulins remarked of the society of the rue St.-Honoré: ‘It is the Grand Orient, the center with which all the Jacobins, all the friends of the constitution in the 83 departments, correspond.’ Masonic associations, like clubs seeking certificates of affiliation, forwarded their membership rosters and constitutions to the capital, and secured letters of reference from nearby lodges. Their petitions, expressing devotion to masonry and their desire for admission into the Grand Orient, sound remarkably like those written later by the provincial societies. Within both the Jacobin and masonic movements, regional networks, grouped around provincial urban centers, developed. And, although the Jacobins had nothing to compare with the national assembly in the capital to which each lodge sent one representative, the club of Lille tried unsuccessfully to have the “mother society” institute such a system in the spring of 1790.*” Cfr.: Kennedy, M. L. *The Jacobins Clubs in the French Revolution. The First Years*. Princenton (New Jersey), Princenton University Press, 1982, pp. 6-7.

(26) Aun conociendo en profundidad el pensamiento y la personalidad de Bakunin, sigue pareciéndonos completa y moralmente contradictoria su aparentemente policial o jesuítica – en realidad, infantil– táctica de infiltración, por la necesaria hipocresía conductual que requiere en el miembro juramentado, yendo en contra de todo principio ético libertario y, obviamente, francmasónico. Todavía recuerdo con asombrosa nitidez la –para mí en aquel momento incomprensible– tensión emocional y sufrimiento interior de aquel viejo amigo, Ruperto Pellegrini, cuando, en el verano de 1973, mi pulsional temperamento me llevó a declararme, sin ambages, como trostkista ante las preguntas de los viejos ex–partisanos y

demás militantes y simpatizantes estalinistas de la sede comunista –hoy desaparecida– del veneciano *Campo de Santa Maria Formosa*. Como fácilmente barruntará el lector, mi osada y arrojada definición política en aquella relajada tertulia vespertina, ocasionó la más sonora y latina hilaridad de todos los concurrentes menos él. Tres lustros más tarde, supe por mi amigo y colega triestino Claudio Venza, que Ruperto practicó el “entrismo” durante los años setenta en el P.C.I. de Venecia y reconozco que, en los cinco años que duró nuestra amistad, siempre me ocultó su verdadera y secreta militancia como miembro de la Cuarta internacional.

(27) Valín Fernández, A. J. V. *Galicia y la ... Op. cit.*, pp. 207-221.